

natural, y vive solamente á Dios, á quien ama con llamas de amor divino, con un corazón transverberado por el dardo de fuego con que lo atraviesa un serafín. ¡Oh! ¿quién podrá medir la longitud, la latitud y la sublimidad del amor de Teresa, la seráfica, la amante por excelencia, la que mereció de Jesús el nombre y los regalos de esposa? Si nada enciende tanto el fuego del amor divino como la contemplación, según lo experimentaba el real Profeta: *In meditatione mea exardescet ignis*<sup>1</sup>; ¿cuáles debieron de ser los incendios del corazón de aquella Virgen abismada de continuo en una visión como intuitiva de la infinita bondad? ¿Cómo se inflamaría contemplando de hito en hito, cual águila generosa del desierto, aquel sol de hermosura soberana?

8. Oigamos á un ilustre escritor contemporáneo, gloria del episcopado francés<sup>2</sup>: «Dios y su Cristo, Dios en sí mismo y en Jesús, fué la grande, la suprema, la única pasión de Santa Teresa. Increíble era la fuerza y el ardor con que sabía amar. Habíala dotado ricamente en este sentido la naturaleza, y la gracia no hizo más que acrecentar inmensamente estas dotes, que todas se refundieron en una pasión divina. (Séanos lícito emplear esta expresión para explicar la vehemencia y el imperio de la caridad en el corazón de nuestra Santa.) Ella no pensaba más que en Dios, no buscaba ni quería más que á Dios, no hallaba descanso sino en Dios, fuera de Él no sentía contentamiento ni placer; en fin, el amor de Dios la poseía toda, vivía sumergida en el amor. Aun cuando, dócil á la voluntad de su Señor, se entregaba sin vacilar á todos sus deberes exteriores, sin embargo, cuanto la estorbaba entretenerse con su Dios, cuanto ponía trabas á su oración, era para ella un verdadero suplicio. Las atenciones de la vida le parecían un peso intolerable, que sólo á fuerza de

<sup>1</sup> Ps. 38, 4.

<sup>2</sup> Mons. Gay, Tercer Centenario de Santa Teresa.

violencia podía soportar. Ella amaba á Dios con ese noble y generoso amor que los teólogos llaman de *complacencia*; amábalo no menos con ese otro amor purísimo que apellidamos de *benevolencia*. Y en cuanto al amor de *deseo*, fuente de aquellas vivas ansias que sentía de ver á Dios, eso es cosa inenarrable. De este modo se estableció aquella unión continua, aquel trato íntimo entre Dios y Teresa. ¡Qué condescendencia de una parte! ¡qué filial y tierna confianza por otra! ¡qué amor por uno y otro lado!» Hasta aquí el piadoso obispo.

9. La mística heroína no hubiera podido subir á estas alturas del monte del Señor, á no haber sido antes mártir y verdugo de su corazón. Si por la caridad vive, por la mortificación está muerta. «Vivo sin vivir en mí.» De sus cenizas, decía la Santa, empleando una comparación que le era familiar, debía renacer, como de las del fénix, una nueva criatura de que podría ella hacer un sacrificio para agradar á su Esposo. Desde los primeros pasos en la senda de la perfección religiosa comprendió Teresa la necesidad de la mortificación interior. Aprendió esta celestial doctrina de la boca de los que Dios le dió por directores extraordinarios, como el humilde San Francisco de Borja y el extático varón Padre Baltasar Álvarez, discípulos ambos de aquel gran maestro del vencimiento propio, San Ignacio de Loyola, que al frente de sus admirables Ejercicios estampó este título que revela su carácter: «Ejercicios espirituales para vencerse el hombre á sí mismo.» Penedrada de este espíritu, la que antes practicaba con ardor la oración y la penitencia corporal, dióse con todas veras al ejercicio más arduo de la mortificación interior. Entonces se efectuó lo que pudiera llamarse su conversión definitiva. Pero ¿sabéis, hermanos carísimos, lo que fué la conversión de Teresa? No fué sino la aplicación del cuchillo de la mortificación á ciertas inclinaciones, no malas sino puramente naturales, que Dios quería reprimiese, fué la privación

voluntaria de ciertos pasatiempos que era preciso cercenar para fomentar el recogimiento del espíritu, fué, en fin, la represión de ciertos afectos demasiado suaves, aunque puros, que podían desviar su corazón del único centro hacia donde debía gravitar este hermoso luminar del firmamento. He aquí la circuncisión del corazón, la muerte mística, necesaria para arder como los serafines en las llamas del amor divino. Con afectos de la tierra no se amalgama el puro amor de Dios. Dios quiere ser amado como se lo merece, con todas las fuerzas del alma<sup>1</sup>, porque Él solo es el Bien sumo, incommutable. Todo amor inferior debe morir para que sobreviva aquél eternamente, como lámpara inextinguible en el santuario del Eterno. Comprendiólo Santa Teresa cuando dijo: «Solo Dios basta.»

Pero ella debía también sacrificar lo que le era tan conatural y característico, su prodigiosa actividad, en aras del querer divino. Y así lo hizo, según veremos en la tercera parte.

### III.

10. Cuando contempláis á la gran reformadora del Carmelo, cuando la admiráis ideando y realizando tantas y tan grandiosas empresas para gloria de Dios y bien de los hombres, ¡ah! no os imaginéis ver en ella los prodigios de una energía varonil, superior á su sexo, ó las maravillas que es capaz de producir el genio ó el carácter. No, carísimos hermanos, no es eso lo que debe suspendernos de asombro ante las obras gigantescas que coronan de gloria á la humilde Virgen de Ávila transformada en la imagen de la mujer fuerte. Todo eso, aunque tan extraordinario, no argüiría, en último análisis, más que una exuberancia de dotes naturales, bastante para ceñir las sienes de una heroína con los laureles de la inmortalidad, pero no para coronar con aureola de gloria la frente de una santa. En

<sup>1</sup> Luc. 10, 27.

Teresa, la mística Doctora, se transparenta la virtud del Altísimo de que está poseída: Las altas prendas que la colocan en el rango de las más ilustres mujeres que han figurado sobre la tierra, no son más que el pedestal de su gloria sobrehumana. De ella pudiera decirse lo que de la Iglesia: *Omnis gloria eius . . . ab intus*<sup>1</sup>. Y es porque su vitalidad poderosa de mujer está muerta en Cristo, como su inteligencia y su corazón; pero es para reaparecer revestida con el vigor y la eficacia de la vitalidad divina. De acuerdo con su propia doctrina, la seráfica Virgen cifra lo sumo de la perfección, no en hacer grandes obras exteriores, ni en recibir favores extraordinarios del cielo, sino — oídlo bien, almas que aspiráis á la santidad — en la abnegación total de la propia voluntad, perfectamente sometida á la voluntad divina, abnegación que debe manifestarse en todas las acciones de la vida. Teresa no tiene ya voluntad propia, porque la ha refundido en el querer de Dios. No quiere más ni menos que lo que su Esposo quiere. Su mismo celo, por ardiente que sea, está sujeto á las condiciones que le impone la voluntad de su Señor. ¿No es del agrado de Dios que pase al África para convertir aquellos bárbaros sectarios de Mahoma, ó mezclar su sangre con la de tantos mártires que allí la derramaron en testimonio de su fe? Pues Teresa acepta desde luego otro martirio tal vez menos cruel, pero más largo, el del amor, y se consagra á otro género de apostolado, el de la oración y el ejemplo. ¿Entiende el deseo que Dios tiene de que restaure las ruinas del templo, decorando el santuario de María del Carmen con nuevas galas de austeridad y observancia regular? Pues eso quiere también Teresa de Jesús, aunque comprende la enormidad de las dificultades de una empresa que pide fuerzas de gigante. *Domine, quid me vis facere?*<sup>2</sup> dice con Saulo<sup>2</sup>, y el Señor le responde:

<sup>1</sup> Ps. 44, 14.

<sup>2</sup> Act. 9, 6.

*Deinceps ut vera sponsa, meum zelabis honorem*— «Serás mi esposa desde hoy: de aquí en adelante mirarás por mi honra como verdadera esposa mía.»<sup>2</sup> Y la Esposa de Cristo siéntese revestida de la fortaleza de Dios, aunque anonadada en su propia bajeza.

11. La obra de la reforma del Carmelo, orden religiosa célebre, antiquísima, rica en varones ilustres, era ciertamente una obra magna, colosal. Y ¿podrá llevarla á cabo una mujer, una enclaustrada religiosa, atada de pies y manos á la obediencia de sus superiores? No se explica cómo pudiera suceder esto en el curso natural de las cosas humanas. Explícase perfectamente en el orden del poder divino. ¡Qué energía imprime el Todopoderoso en las almas que escoge para instrumentos de sus designios! ¡Qué fuerza incontrastable, qué temple apostólico el de Teresa de Jesús! En vano se conjuran contra la obra, que por obedecer á Dios emprende, todos los poderes del siglo, impulsados sin duda por el poder de las tinieblas. «Dios lo quiere», y Teresa también, y nada será parte á impedir que la obra se realice. Toda una tempestad se desencadena contra la osada reformadora: murmuraciones, calumnias, irrisiones, oposición abierta, cárceles, cadenas. . . . Pero la obra no se desbarata, ni el espíritu de la fundadora decae. Ni se altera un punto su grande alma, según su máxima sublime: «Nada te turbe, nada te espante.» Aguarda, trabaja y calla. Al fin suena la hora del triunfo en el reloj de la Providencia, y los vientos amainan, y los hombres ceden, y la voluntad de Dios se cumple en la fundación de los carmelitas descalzos. El Papa Gregorio XIII pone el sello á la obra con su fallo supremo. Las fundaciones de nuevos monasterios se multiplican en breve espacio. Treinta y dos conventos de religiosos reformados de uno y otro sexo, son la recompensa visible del sacrificio de Teresa de Jesús.

<sup>1</sup> In vita eius.

¡Qué gloria la de nuestra Santa! Bien pudiera compararse, pero con ventaja, á la de aquella otra mujer célebre por el mismo tiempo, Isabel la Católica. Porque si esta gloriosa reina arrebató con las armas de Castilla y Aragón plazas fuertes á los mahometanos, Teresa conquista fortalezas al genio del mal, edificando conventos y altares, mientras que la herejía se empeña en acabar con la vida monástica, arrasando monasterios y asesinando religiosos.

12. La muerte no es más que el epílogo perfecto de la vida de nuestra mística Doctora, Teresa muere como ha vivido, abismada en la contemplación, abrasada de amor, cumpliendo exactísimamente la voluntad de su Dueño. Un éxtasis de catorce horas es el prelude de aquellas delicias eternas en que va á introducirla su Amado. Al apagarse la última centella de la vida terrenal, brilla en todo su esplendor la vida divina, la vida de Cristo en su inocente esposa, que en forma de cándida paloma, vuela al huerto del Esposo celestial entre coro de ángeles y vírgenes. ¡Oh bendita vida mística, germen de transfiguración para el alma que te abraza! ¡cuán poderosa es tu virtud para santificar y divinizar al hombre! Vosotras, hijas afortunadas de tan santa Madre, lo entendéis perfectamente. Habéis vuelto las espaldas al mundo en la edad en que más sonrisas podía ofrecer, para sepultaros en la soledad del claustro, olvidadas totalmente de sus pompas efímeras y necias vanidades. Y no contentas con llevar una vida oculta á los ojos de los hombres, queréis olvidaros de vosotras mismas, despojándoos de la vestidura del hombre viejo para revestiros con la librea del nuevo, abrazadas con la cruz, la abnegación, la muerte mística. *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo*<sup>1</sup>. Esperad, que ya vendrá el día en que reaparezca vuestra vida entre los esplendores de Cristo—

<sup>1</sup> Col. 3, 3.

*Cum Christus apparuerit . . .*<sup>1</sup> Entre tanto ya gustáis las delicias anticipadas del paraíso en el dulce ejercicio de la contemplación, en los deliquios del amor divino, en las obras de caridad y hasta en los rigores de la mortificación y en el sacrificio de vuestra propia voluntad. Desde el fondo de vuestro retiro pedid al Esposo de vuestras almas lo que fué el anhelo de vuestra santa Madre, la conversión de los pecadores, la vuelta de los herejes al gremio de la verdadera Iglesia, la conservación floreciente de la fe en los países católicos y finalmente la prosperidad del Vicario de Cristo, del clero y del pueblo cristiano.

¡Teresa de Jesús, objeto de nuestra devoción, modelo de nuestra vida, apoyo de nuestra esperanza! alcánzanos á todos la gracia de imitarte en vida y de participar de tu gloria ante el trono de Dios y del Cordero. Así sea.

### De la Virgen Santa Gertrudis la Magna.

(Predicado en la villa de Envigado, Colombia, 1888.)

Ad eum veniemus, et mansionem apud eum  
faciemus.

Io. 14, 23.

1. Al presentarme por vez primera ante vosotros, católicos habitantes de esta villa, para tomar parte en vuestra gran festividad patronal, permitidme que os exprese y manifieste, con la sinceridad que cumple á mi carácter, las gratas y dulces impresiones que he experimentado al sólo acercarme á esta simpática, culta y piadosa población, una de las más importantes del hermoso cañón de Medellín. ¡Qué belleza de paisaje, tan justamente admirado del extranjero que cruza vuestros valles, contemplando á cada

<sup>1</sup> Col. 3, 4.

paso las magnificencias de una naturaleza pródiga de maravillas! Pero si tan risueño es el aspecto físico que presenta vuestro suelo, ¿cuánto más hermoso es el cuadro que ofrece la situación religiosa y moral de un pueblo que, así por los lazos de la sangre como por los de la caridad, no es más que una grande y numerosa familia, cuya sencillez patriarcal de costumbres, laboriosidad y piedad acreditada en los monumentos del culto, son bien conocidos y celebrados en el Departamento de Antioquia y aun en toda la República? ¿Cómo no ha de impresionar favorablemente al que os visita la vista de ese hermoso y magnífico templo, uno de los mejores del país, levantado con el sudor de vuestras frentes, decorado con preciosos altares y artísticas imágenes, entre las que descuella por su belleza extraordinaria la de vuestra esclarecida Patrona, la Virgen Santa Gertrudis la Magna? ¡Ah, cristianos oyentes! Al pronunciar este nombre tan querido para vosotros como ilustre en los fastos de la Iglesia, me explico perfectamente el secreto de la felicidad de un pueblo que rebosa de contento en todas sus clases y hasta en el semblante de todos sus individuos. Como quiera que todos los bienes, en el orden natural y sobrenatural establecido por la Providencia, dimanen, como limpios y alegres arroyuelos, de la fuente del Bien sumo, mediante la intercesión de los santos, á quienes Dios ha confiado la protección de los pueblos cristianos; no puede menos de reconocerse en tan singular cúmulo de prosperidades la mano poderosa de un ser sobremano querido del Altísimo, á cuyo benigno influjo debe esta población su bienandanza. Y ese ser privilegiado no es otro que la incomparable esposa de Jesucristo, la Virgen Santa Gertrudis, la Patrona de Envigado. Gertrudis, la más célebre entre todas las vírgenes que llevaron este nombre, la gran Santa en cuyo corazón moró Jesús como en un trono regio y delicioso, ¿qué favores no podrá alcanzar de su celestial Esposo para un pueblo que tanto